

Reflexionando sobre las Revoluciones en Asuntos Militares

Williamson Murray

Tomado de la revista *Joint Forces Quarterly*, número de verano de 1997.

EL TÉRMINO “revolución en asuntos militares” (*Revolution in Military Affairs – RMA*) está actualmente en boga dentro de la ciudad de Washington DC como también entre los expertos académicos interesados en temas de defensa. Como lo señaló el Sr. Dennis Showalter en una conferencia recientemente celebrada, “El acrónimo ‘RMA’ ha sustituido el de ‘TQM’ [*Total Quality Management – Administración de Calidad Total*] como el predilecto entre los integrantes de las Fuerzas Armadas”. Uno sospecha que gran parte de este entusiasmo, el cual se fundamenta en los escasos conocimientos de los registros históricos, puede tergiversar más que promover nuestra comprensión de los cambios e innovaciones en el ámbito castrense. Sin embargo, también se tiene que admitir que los recientes eventos militares parecen indicar importantes cambios en la tecnología y en las armas, con implicancias significativas respecto a la conducción de la guerra en el siglo venidero.

El presente artículo plantea una manera de entender las revoluciones en asuntos militares del pasado y de vaticinar su importancia para el futuro. Las ideas aquí expresadas reflejan la influencia, los comentarios y los pensamientos de mis colegas en la profesión del estudio de la historia.¹

Antes que nada cabe señalar que los historiadores le han dedicado relativamente poca atención a las llamadas revoluciones en asuntos militares. En su conferencia inaugural en la Universidad de Queens en Belfast, en el año 1955, Michael Roberts presentó su hipótesis de que había ocurrido una sola revolución militar. Desde ese momento hasta el año 1991, el interés relativo a la

revolución militar se enfocó en los siglos XVI y XVII; los historiadores del inicio del período moderno se disputaban entre sí la existencia de tal revolución y, si es que ocurrió, cuándo se desarrolló y cuál forma asumió. Continúa ese mismo debate en la actualidad. Empero desde mediados del siglo XVIII, los historiadores militares se han concentrado en otros asuntos, tales como la innovación, la eficacia, la adaptación, la conducta organizacional y —el elemento más fundamental de la profesión— la historia de las batallas. Los historiadores modernos sencillamente no han demostrado gran interés en las revoluciones militares.

En una sesión a la que pocos asistieron en la conferencia de la Sociedad de Historia Militar, celebrada en el mes de marzo de 1991, Clifford Rogers postuló que no existe una sola revolución militar sino una serie de tales revoluciones, que remonta al medioevo y sigue hasta el presente. Señaló que estas revoluciones podían haberse iniciado incluso en el siglo XIV, desarrollándose cada vez con más frecuencia a medida que se acercaba el siglo XX. No es de sorprender que se haya producido el sentido de urgencia para analizar efectivamente toda la historia militar, desde la estrategia de Eduardo III hasta las operaciones de la *Blitzkrieg*, a la luz de lo que denominamos las *revoluciones en los asuntos militares*. El punto crítico es que el registro histórico aún no está completo; y hasta el momento que se realicen todas las investigaciones detalladas que merece el tema, la mayor parte de los comentarios al respecto pueden ser tergiversados. En una reciente conferencia, enumeré las posibles revoluciones en asuntos militares y las fuerzas motrices que les daban ímpetu. La lista resultante, aunque incompleta, logra señalar las complejidades y

ambigüedades inherentes en el estudio de la historia (ver la figura 1).

La referida lista sugiere varios puntos. Primero, a pesar del entusiasmo por la descripción de la próxima revolución en asuntos militares como tecnológica de naturaleza, la historia nos enseña que el cambio tecnológico representa una parte relativamente pequeña de la ecuación.² Es más, la historia militar a través de los últimos 80 años ofrece muchos casos en los cuales las fuerzas dotadas de medios tecnológicamente inferiores han sido los vencedores. El record también señala que el elemento crítico en la mayor parte de las revoluciones en asuntos militares es conceptual de naturaleza. En el cruce del río Mosa, a manera de ejemplo, la ventaja alemana fue una doctrina de armas combinadas cimentada en una evaluación completa y realista de la guerra anterior. Sus adversarios no habían desarrollado tal doctrina.³

En efecto, en la lista de posibles revoluciones en asuntos militares se encuentra un solo ejemplo que es completamente tecnológico: las armas nucleares. E incluso en este campo se encuentra cierta ambigüedad, por cuanto el impacto de dichas armas ha sido casi totalmente político, con la sola excepción de su empleo inicial contra los japoneses. Fuera del ámbito de la competencia entre las superpotencias, las armas nucleares no han cambiado la naturaleza de la guerra. De ahí que los datos históricos impliquen que la tecnología ha desempeñado un solo papel en estas revoluciones, y con frecuencia es un papel relativamente insignificante.

Segundo, los registros parecen indicar que los historiadores y otros que utilizan el concepto de las “revoluciones en asuntos militares” deberían reconsiderar la terminología actualmente en uso. Incluso la idea de una serie de revoluciones distorsiona la historia, haciéndoles caso omiso a múltiples interacciones complicadas y ambiguas. La actual interpretación de la evidencia disponible indica una serie lineal de revoluciones discretas que uno puede discernir sin dificultad y, por ende, fácilmente las puede manejar.

Revoluciones Militares

No obstante lo anterior, las evidencias parecen indicar otra realidad.⁴ Tal parece que existen dos fenómenos históricos implicados en los cambios e innovaciones radicales. El primero se califica bajo la rúbrica de las “revoluciones militares”. Éstas han sido sin duda las más importantes, pues provocaron cambios fundamentales en la naturaleza de la guerra en el oeste. Se han identificado cuatro revoluciones militares, dos de las cuales ocurrieron en forma simultánea: la creación de la nación-estado moderna y eficaz, basada en la potencia militar organizada y disciplinada en el siglo XVII; la Revolución Francesa y la revolución industrial, fenó-

menos ambos que se iniciaron al mismo tiempo durante el período entre los años 1789 y 1815; y la I Guerra Mundial, de 1914 a 1918. Es posible comparar estos eventos, en términos geológicos, con terremotos. Aca- rrearon cambios sistémicos en los ámbitos político, so- cial y cultural de tal magnitud que resultaron ser incon- trolables, impredecibles y, ante todo, imprevisibles. De ahí que, aquéllos que esperan que la “revolución de la información” provoque cambios radicales en las esfe-

Siglo XIV

—el arco: cultural

Siglo XV

—la pólvora: tecnológico, financiero

Siglo XVI

—fortificaciones: arquitectónico, financiero

Siglo XVII

—reformas tácticas holandes-suecas: táctico, organizacional, cultural

—reformas militares francesas: táctico, organizacional, administrativo

Siglos XVII-XVIII

—guerra naval: administrativo, social, financiero, conceptual

Siglo XVIII

—revolución financiera británica: financiero, organizacional, conceptual

—Revolución Francesa: ideológico, social

Siglos XVIII-XIX

—revolución industrial: financiero, tecnológico, organizacional, cultural

Siglo XIX

—Guerra Civil Estadounidense: ideológico, tecnológico, administrativo, operacional

Fines del Siglo XIX

—guerra naval: tecnológico, administrativo, cultural

Siglos XIX-XX

—sanidad: tecnológico, organizacional

Siglo XX

—I Guerra Mundial: armas combinadas: táctico, conceptual, tecnológico, científico

—*Blitzkrieg*: táctico, operacional, conceptual, organizacional

—guerra desde portaaviones: conceptual, tecnológico, organizacional

—guerra aérea estratégica: tecnológico, conceptual, táctico, científico

—guerra de submarinos: tecnológico, científico, táctico

—guerra anfibia: conceptual, táctico, operacional

—inteligencia: conceptual, político, ideológico

—armas nucleares: tecnológico

—guerra popular: ideológico, político, conceptual

Figura 1

ras social y cultural —siempre que estén en lo correcto— descubrirán que la dirección, las consecuencias y las implicancias de tal revolución serán generalmente impredecibles, tanto para la sociedad como para las organizaciones militares.

Las llamadas “revoluciones militares” redefinieron la naturaleza de la sociedad y del Estado, además de la de las organizaciones militares y, con ello, también modificaron la capacidad de los estados para proyectar la potencia militar y aumentaron su eficacia para la mantanza y la destrucción. Es más, no es que una de estas revoluciones sustituya a la anterior sino que se superponen una a otra. Por consiguiente, ni siquiera la tecnología más avanzada del mundo podrá ayudar a un Ejército iraquí a luchar en forma coherente en el campo de batalla moderno porque la sociedad iraquí aún no se ha sometido al proceso de creación de un Estado moderno, y su Gobierno carece de la capacidad para infundir a sus ciudadanos el fervor de la Revolución Francesa. Por otra parte, un movimiento comunista en Vietnam, el cual supo combinar el entusiasmo y el fervor revolucionarios de la Revolución Francesa con una cultura xenófoba, logró derrotar a dos grandes potencias occidentales.

Estas cuatro revoluciones destacan varios puntos importantes. La revolución del siglo XVII sentó la base del Estado moderno. Hasta ese momento, los gobiernos centrales ejercían muy poco control de los ejércitos y de las armadas, y en raras ocasiones les podían pagar a las tropas, por lo cual éstas, a su vez, recurrían al saqueo y al pillaje. El resultado de esta situación fue la catástrofe de la Guerra de los Treinta Años, con resultados devastadores en Alemania, y el sitio de Antwerp, donde se amotinaron los soldados españoles ante la falta de su propio Gobierno de entregarle la paga correspondiente, situación que socavó la política española en Holanda. La acción de los soldados españoles reflejó claramente tanto su desobediencia como la incapacidad del Estado para darles la debida recompensa. La revolución del siglo XVII creó organizaciones militares que, conforme con el concepto de Maquiavelo, no sólo impusieron las leyes sino que también las acataron tanto en el marco civil como en el contexto militar. Así como quedó de manifiesto en los Artículos de Guerra de Suecia a principios del siglo XVII, los soldados debían excavar cuando se les diera la orden de excavar; concepto éste que no siempre se había observado en el desempeño de los guerreros de la Edad Media. En el sentido más amplio, las organizaciones militares europeas que surgieron en el siglo XVII fueron más eficaces tanto en el campo de batalla como en la conducta de los asuntos civiles porque acataban las órdenes de la burocracia estatal. Una vez que el Estado pudiera recaudar impuestos, se encontró en condiciones de pagar a los soldados en forma regular; situación que también le permitió exi-

gir que los soldados mantuvieran un alto grado de disciplina tanto en el campo de batalla como en los cuarteles. Tomamos por sentado que las instituciones militares demostrarán un alto nivel de disciplina y responsabilidad, basándonos en las tradiciones de las fuerzas militares occidentales y de sus emuladores (tales como

Se han identificado cuatro revoluciones militares, dos de las cuales ocurrieron en forma simultánea: la creación de la nación-estado moderna y eficaz, basada en la potencia militar organizada y disciplinada en el siglo XVII; la Revolución Francesa y la revolución industrial, fenómenos ambos que se iniciaron al mismo tiempo durante el período entre los años 1789 y 1815; y la I Guerra Mundial, de 1914 a 1918. Es posible comparar estos eventos, en términos geológicos, con terremotos. Acarrearón cambios sistémicos en los ámbitos político, social y cultural de tal magnitud que resultaron ser incontrolables, impredecibles y, ante todo, imprevisibles. De ahí que, aquéllos que esperan que la “revolución de la información” provoque cambios radicales en las esferas social y cultural . . . descubrirán que la dirección, las consecuencias y las implicancias de tal revolución serán generalmente impredecibles, tanto para la sociedad como para las organizaciones militares.

las fuerzas japonesas e indias); sin embargo, la historia de gran parte del Tercer Mundo durante los últimos 40 años parece indicar que esta relación política no siempre se debe dar por supuesto.

La Revolución Francesa estableció las normas para la movilización de los recursos económicos, científicos, y populares. Interpuso los factores de ideología y nacionalismo en la ecuación de la guerra en el oeste, y la ferocidad de esa combinación explica, en gran medida, los 25 años de guerra subsiguientes (incluyendo la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas), y los treinta años de guerra alemana de 1915 a 1945. Frente a una invasión de fuerzas extranjeras, producida por sus propias políticas mal concebidas, los líderes políticos del año 1789 declararon una *levée en masse* (una leva en masa), ubicando a los ciudadanos y sus propiedades a disposición del estado hasta terminado el conflicto. El resultado fue que los franceses pudieron triplicar su

Durante el proceso de desarrollo de una revolución en asuntos militares las organizaciones militares deben entender los cambios fundamentales habidos en el panorama político, social y militar; son responsables de innovar y adaptar ante los cambios revolucionarios, y en algunos casos incluso pueden presagiarlos. Las revoluciones en asuntos militares implican la necesidad de encuadrar toda la diversidad de piezas complejas de los cambios tácticos, sociales, políticos, organizacionales y tecnológicos en una nueva aproximación a la guerra. En raras ocasiones esta fórmula se hace evidente en el momento en que más se necesita, y los historiadores también encuentran difícil reconstruir el concepto completo a pesar de la ventaja de contar con los documentos históricos que les sirven de evidencia de lo ocurrido.

Ejército en menos de un año y, no obstante la menor eficacia en combate de sus unidades cuando se comparaban con las unidades del adversario, podían aceptar bajas y luchar a una escala inigualada en cualquier otra formación militar del siglo XVIII. Así como observó Clausewitz:

De repente la guerra llegó a ser de incumbencia de la población —una población de treinta millones de personas, todas las cuales se consideraban ciudadanos. . . . La población se convirtió en participante de la guerra; en lugar de gobiernos y ejércitos, así como los de otrora, el peso total de la nación se puso en el balance. Los medios y los esfuerzos de los que se dispuso desde ese momento superaron todos los límites convencionales; ya no quedaba nada que fuera capaz de impedir el vigor con el que fue posible librar la guerra, y por consiguiente los adversarios de Francia enfrentaron el mayor peligro.⁵

No fue sino hasta que los adversarios estuvieran dispuestos a combatir de la misma forma —vale decir, con la movilización de todos los medios materiales y humanos a su disposición— que finalmente fue posible derrotar a Francia. Pero su ejemplo revolucionario iba a ser replicado en la Guerra Civil de los Estados Unidos y, posteriormente, en las dos contiendas de matanza del presente siglo, siendo éstas las dos guerras mundiales. Así como anteriormente se señaló, la Revolución Francesa también habría de encontrar su eco en la lejana Indochina en guerras libradas primero contra los franceses y después contra los estadounidenses.

Las fases iniciales de la revolución industrial ya se materializaban en Gran Bretaña, concurrentemente con la Revolución Francesa, provocando un tumulto que finalmente cambió todos los cimientos económicos de la sociedad británica y entregando a los líderes políticos una riqueza mucho más allá de lo que se podía imaginar. La revolución industrial *no* les dotó a las instituciones militares de avanzados medios tecnológicos que ayudaran a los soldados en el campo de batalla; en efecto, en comparación con los franceses, los soldados británicos aún luchaban en forma retrógrada. Sin embargo, si bien la revolución tenía poca influencia en los campos de batalla de las guerras napoleónicas, les dio a los gobiernos británicos inmensos recursos económicos con los cuales pudo reunir y apoyar a las coaliciones militares que finalmente lograron derrotar a Napoleón.

El impacto de la revolución industrial se hizo sentir por primera vez durante la Guerra de la Crimea, cuando el mosquete repetidor, el telégrafo y el buque de vapor combinaron para permitir a Gran Bretaña y Francia desplegar a sus fuerzas y vencer a una fuerza rusa numéricamente superior. Con todo, ninguno de los dos partidos estuvo dispuesto a movilizar seriamente las pasiones de su pueblo, el poder y los recursos nacionales. Se les dejó a los bandos opositores durante la Guerra Civil de los Estados Unidos, tanto en el Sur como en el Norte, combinar los “beneficios” de la tecnología (incluyendo el ferrocarril, el buque de vapor, el mosquete y la artillería de repetición, y el telégrafo) con la movilización de la población y de la riqueza nacional, característica de la Revolución Francesa. El resultado fue una masacre de cuatro años de duración, prolongada como producto de la combinación de las tres “revoluciones militares” que habían ocurrido hasta ese momento, a saber: la fortaleza de la nación-estado; su capacidad para movilizar a la sociedad; y los vastos recursos y nuevas armas resultantes de la revolución industrial.

Desde muchas perspectivas, la I Guerra Mundial reafirmó la combinación letal de estas revoluciones. Al mismo tiempo, dicha guerra fue también un evento profundamente revolucionario de por sí, logrando desbaratar los fundamentos del equilibrio occidental y provocando inmensas consecuencias políticas, económicas y sociales. En efecto, es posible argumentar que las consecuencias políticas de la guerra no dejaron de hacerse sentir sino hasta el otoño del año 1989. De todas las revoluciones militares, la I Guerra Mundial debería ser considerada como la más revolucionaria en el sentido puramente militar. Implicó la creación de las armas combinadas, de la táctica de explotación, del bombardeo estratégico, la guerra submarina sin restricción, las operaciones de portaaviones



La batería Sherman, en Vicksburg.

e incluso de la guerra anfibia. Reconocidamente, en algunos aspectos las armas, la tecnología y los conceptos tácticos sólo ofrecieron un vistazo del porvenir, pero ese vistazo fue real y presente. Quizás que la mejor manera de expresar la importancia de este punto es sugerir que un comandante de batallón del Ejército británico o bien del alemán en el verano del año 1918 podría haber entendido los conceptos fundamentales de los campos de batalla del año 1940, de 1944 e incluso de 1991. Pero un comandante de batallón del año 1914 no habría tenido ni la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo en el año 1918; tanto fue el adelanto logrado en los asuntos militares durante los cuatro años que duró la I Guerra Mundial.

Revoluciones en Asuntos Militares

¿Cómo deben los profesionales militares interpretar estas grandes revoluciones que han sacudido la historia del Occidente y probablemente del mundo desde el siglo XVII? Sus interpretaciones probablemente serán poco profundas. En el mejor de los casos, si es que son capaces de reconocer tales eventos, pueden adaptarse a estos momentos difíciles y confusos. La historia indica otros fenómenos de menos trascendencia que bien pueden denominarse revoluciones en asuntos militares. En

tales casos existen amplias evidencias de que las instituciones y culturas militares más aptas pueden obtener una ventaja considerable.

Si las revoluciones militares se comparan con terremotos, podemos considerar las revoluciones en asuntos militares como los temblores posteriores. Durante el proceso de desarrollo de una revolución en asuntos militares las organizaciones militares deben entender los cambios fundamentales habidos en el panorama político, social y militar; son responsables de innovar y adaptar ante los cambios revolucionarios, y en algunos casos incluso pueden presagiarlos. Las revoluciones en asuntos militares implican la necesidad de encuadrar toda la diversidad de piezas complejas de los cambios tácticos, sociales, políticos, organizacionales y tecnológicos en una nueva aproximación a la guerra. En raras ocasiones esta fórmula se hace evidente en el momento en que más se necesita, y los historiadores también encuentran difícil reconstruir el concepto completo a pesar de la ventaja de contar con los documentos históricos que les sirven de evidencia de lo ocurrido. Sin embargo, los resultados en el campo de batalla ofrecen una lúgubre aclaración de cuál organización militar ha sabido innovar y adaptar más acertadamente. Antes de continuar, quizás nos convenga analizar cómo se encajan las revoluciones en asuntos

Revoluciones en Asuntos Militares previo al

“temblor”: arco, estrategia de Eduardo III, pólvora, arquitectura de fortaleza

Revolución Militar: Creación del Estado moderno en el siglo XVII

“Temblores” inmediatos y posteriores: Reformas tácticas en Holanda y Suecia, reformas tácticas y organizacionales en Francia, revolución naval, revolución financiera en Gran Bretaña

Revoluciones en Asuntos Militares previo al

“temblor”: Reformas militares francesas (después de la Guerra de los Siete Años)

Revoluciones Militares: revoluciones industrial y Francesa

“Temblores” inmediatos y posteriores: movilización política y económica a nivel nacional, modo de guerra napoleónica, poder financiero y económico basado en poder industrial, revolución tecnológica de la guerra (ferrocarriles, fusiles, buques de vapor)

Revoluciones en Asuntos Militares previo al

“temblor”: Revolución de Fisher (1905-14)

Revolución Militar: I Guerra Mundial

“Temblores” inmediatos y posteriores: armas combinadas, *Blitzkrieg*, bombardeo estratégico, guerra desde portaaviones, guerra irrestricta de submarinos, guerra anfibia, inteligencia, guerra de información (1940-45), tecnologías *stealth* (de sigilo)

Figura 2.

militares en el fenómeno más amplio de las revoluciones militares (ver la figura 2).

Las revoluciones en asuntos militares tienen varios aspectos históricamente interesantes. Primero, la mayor parte de tales revoluciones demoran mucho tiempo en la fase de desarrollo, incluso durante tiempo de guerra; y las que se han desarrollado durante tiempo de paz—inclusive durante el siglo XX— se han prolongado durante varias décadas. Resulta lógico disputar la precisión del empleo del término “revolución” para describir conceptos y capacidades que demoran tanto tiempo en manifestarse. También entra en juego la cuestión de perspectiva. A los británicos y los franceses lo que sucedió en el río Mosa en el verano de 1940 y en el período posterior incuestionablemente les pareció revolucionario. A los alemanes, la doctrina y las capacidades que les permitieron derrotar a los Aliados en la Batalla de Francia les habrían parecido revolucionarias. Además, mucho de lo que hoy nos parece muy evidente no era tan obvio para quienes combatieron en otra época. Por ejemplo, muchos oficiales alemanes en mayo de 1940 habrían atribuido su éxito al fanatismo y al espíritu guerrero que la ideología infundió en sus tropas. En efecto, esta percepción era, en cierta medida, acertada,

dada la perseverancia alemana que les permitió cruzar el Mosa a pesar de las inmensas proporciones de bajas sufridas en las unidades delanteras, algunas de las cuales perdieron a más del 70 por ciento de sus efectivos.

Dar inicio a una revolución en asuntos militares durante tiempo de guerra es en sí difícil. La revolución de las armas combinadas durante la I Guerra Mundial—la cual anunció el advenimiento tanto del fuego indirecto certero con medios de artillería como de tácticas de infantería descentralizadas basadas en los elementos de fuego, maniobra y explotación— surgió de la matanza en el Frente Occidental, producto de tres largos años de aprendizaje. Los detalles de esa revolución no se aparentaron sino hasta el término de la guerra, así como lo recalca la experiencia de los británicos y de los franceses en el período entre las dos guerras mundiales. Para ser justo con las instituciones militares confundidas por los problemas sistémicos e insolubles que enfrentaron en un ambiente de temor, confusión y ambigüedad durante la I Guerra Mundial, no fue sino hasta la década de los años 80 que los historiadores finalmente comenzaron a desenmarañar lo que realmente tuvo lugar en el campo de batalla entre 1914 y 1918.

Si los problemas inherentes en adaptarse a las condiciones existentes en tiempo de guerra son grandes, aquellos que acompañan la innovación en tiempo de paz son una verdadera pesadilla. Michael Howard ha comparado una institución militar durante tiempo de paz con un cirujano que se prepara para realizar una serie de cirugías, en momentos y lugares desconocidos, bajo condiciones no identificadas y sin la ventaja de tener experiencia previa con pacientes vivos.⁶ Tiene que depender totalmente de lo que habría leído y de modelos incompletos e incorrectos. Asimismo a las organizaciones militares se les exige cumplir funciones en las situaciones más apremiantes, las cuales sencillamente no pueden ser replicadas en tiempo de paz. Y muchas veces se les imponen graves limitaciones en cuanto a los medios y tiempo disponibles para prepararse y entrenarse. Así todo, el registro histórico, tal como lo demostró la campaña alemana contra Europa Occidental en 1940, indica que algunos han logrado más éxito que otros. A juicio de la mayoría de los analistas, los resultados de dicha campaña fueron equivalentes a lo que representa una revolución en asuntos militares.

He aquí donde la historia contribuye a comprender qué tipo de instituciones militares son los que más necesita Estados Unidos, para poder prepararse adecuadamente para la próxima revolución en asuntos militares. Los historiadores suelen sostener que las organizaciones militares se fijan en la guerra más reciente, situación que les dificulta pronosticar acertadamente la naturaleza del próximo conflicto; considérese, a manera de ejemplo, la imagen tradicional de un ejército revolucionario alemán que supo ade-

El frente americano, el 18 de noviembre de 1918.



lantarse a sus adversarios con la táctica de la *Blitzkrieg*, mientras que los franceses y los británicos —aún enfocándose estrechamente en la I Guerra Mundial— fracasaron terriblemente en adaptarse.

No hay nada más falso que esto. Casi inmediatamente después de la I Guerra Mundial, el *Reichsheer*, bajo su primer jefe de estado mayor y segundo comandante, el general Hans von Seeckt, organizó un total de 57 comités, encargados de analizar todos los detalles más minuciosos del campo de batalla de 1918 en aras de precisar lo que realmente había acontecido. A aquellos analistas von Seeckt les exigió producir:

... estudios concisos y breves sobre las experiencias de la guerra recién obtenidas, considerando los siguientes puntos: ¿Cuáles situaciones se presentaron durante la guerra que no habían sido previstas? ¿Cuán eficaz había sido nuestro modo de pensar previo a la guerra en lidiar con las situaciones anteriormente identificadas? ¿Cuáles son las guías nuevas que se han desarrollado producto del empleo de los nuevos armamentos en la guerra? ¿Cuáles son los nuevos problemas identificados por la guerra que todavía no se han resuelto?

El punto crítico es, así como lo destaca la última pre-

gunta planteada por von Seeckt, que los alemanes utilizaron una revisión sistemática de los recientes eventos militares como punto de partida en el proceso de vislumbrar la guerra del futuro.

Es más, el espíritu de este análisis dependió en la actitud expresada por von Ludendorff, al redactar sus memorias de sus visitas al frente: “[Los estados mayores] sabían que quería escuchar sus opiniones reales y formarme una clara idea de la situación verdadera, en lugar de satisfacerme con un informe favorable preparado a la orden”.⁸ El resultado fue que la doctrina alemana —cristalizada por primera vez en el año 1923 y posteriormente perfeccionada por los generales Werner von Fritsch y Ludwig Beck en 1932 poco antes que éstos asumieran el mando del Ejército en las posiciones de comandante en jefe y jefe de estado mayor, respectivamente— reflejó las condiciones reales en el campo de batalla en el año 1918. Alemania supo aplicar las lecciones brindadas por tal experiencia en el desarrollo de una doctrina coherente, cuidadosa y evolutiva. La táctica alemana de los medios blindados no era en absoluto revolucionaria; es más bien que cuadró con el marco conceptual más amplio de las armas

combinadas, basado en la explotación, la descentralización del proceso de toma de decisiones, el fuego y la maniobra; es decir, el campo de batalla de 1918. Este proceso de analizar rigurosamente el pasado

Los historiadores suelen sostener que las organizaciones militares se fijan en la guerra más reciente, situación que les dificulta pronosticar acertadamente la naturaleza del próximo conflicto. . . No hay nada más falso que esto. Casi inmediatamente después de la I Guerra Mundial, el Reichsheer, bajo su primer jefe de estado mayor y segundo, el general Hans von Seeckt, organizó un total de 57 comités, encargados de analizar todos los detalles más minuciosos del campo de batalla de 1918 en aras de precisar lo que realmente había acontecido. . . El punto crítico es, así como lo destaca la última pregunta planteada por von Seeckt, que los alemanes utilizaron una revisión sistemática de los recientes eventos militares como punto de partida en el proceso de vislumbrar la guerra del futuro.

servió también en la evaluación de los ejercicios de entrenamiento en desarrollo en el Ejército alemán durante el período entre las guerras.

El Ejército francés, por otra parte, dejó de adoptar tal enfoque. El análisis de la guerra recién terminada le sirvió exclusivamente para justificar la doctrina y las tendencias ya en existencia. En otras palabras, ya sabían la respuesta antes de plantear la pregunta. El caso de Gran Bretaña fue aún más desconcertante. No fue sino hasta el año 1932 que el jefe del Estado Mayor General Imperial, el mariscal de campo Lord George Francis Milne, tuvo a bien establecer un comité dedicado a estudiar las lecciones de la guerra pasada. Incuestionablemente se le dio gran libertad de acción al comité: debía estudiar la I Guerra Mundial y determinar si las lecciones sacadas de la misma se incorporaban adecuadamente en los manuales y en las actividades de entrenamiento. Desafortunadamente este comité entregó su informe final al próximo jefe, el mariscal de campo Archibald Montgomery-Massingberd, con el resultado de que toda su labor se echó a perder producto del temor de que su evaluación crítica del desempeño del Ejército en el período de 1914 a 1918 quizás pudiera desprestigiar a la Institución. Si los británicos erraron en su aprecio de la revolución en el empleo de los

medios blindados y mecanizados, los críticos, incluyendo J.F.C. Fuller y B.H. Liddell Hart, estuvieron aún más equivocados. De hecho, gran parte del fracaso de los británicos en los campos de batalla del Norte de África en los años 1941 y 1942 se debió a su rígida adhesión al argumento de Fuller, en el sentido de que los medios blindados debían emplearse en forma independiente. Con todo, hay otro punto importante respecto a la revolución en asuntos militares que tuvo lugar en la conducción de la guerra terrestre a principios de la década de los cuarenta. En palabras sencillas, las investigaciones recientemente conducidas al respecto, han destacado el hecho de que el Ejército francés fracasó totalmente en entrenar a sus soldados para hacer frente al gran desafío que los confrontó en 1940. Si sus unidades hubieran acatado su propia doctrina en el Mosa, existe una buena posibilidad de que la infantería alemana nunca habría logrado cruzarlo el día 13 de mayo.

Si bien muchas organizaciones militares erraron en su empleo o en su interpretación de la historia durante el período entre las guerras, otras rechazaron completamente su relevancia a los problemas que enfrentaban. La Real Fuerza Aérea repudió la historia totalmente y sus líderes sostuvieron que el pasado ya no tenía relevancia alguna, debido a los avances de la nueva tecnología. En lugar de estudiar las operaciones aéreas de la I Guerra Mundial, insistieron en que uno podía simplemente prever el futuro y basar la doctrina, la estructura de la fuerza y los conceptos de su empleo completamente en concepciones teóricas sobre la naturaleza de la guerra. Tal aproximación tuvo un impacto crítico y perjudicial en la campaña de bombardeo estratégico realizada por los británicos durante gran parte de la II Guerra Mundial. Es posible afirmar que las lecciones de la I Guerra Mundial no estaban completamente claras en lo relacionado con el bombardeo estratégico y sus efectos en una nación enemiga. Sin embargo, el combate aéreo del período de 1914 a 1918 enseñó dos lecciones muy evidentes.

La primera es que el éxito en tales operaciones aéreas sólo se alcanza a través de la superioridad aérea. Ausente esta ventaja, los bombarderos y aeronaves de reconocimiento sufrieron bajas inaceptables. La segunda es que descubrir y batir blancos bajo cualesquier condiciones que no fuesen de una perfecta luz diurna presentaron desafíos insuperables. Así como lo observó un oficial naval en sus comentarios sobre las escapadas durante las operaciones nocturnas conducidas durante la I Guerra Mundial:

. . . la experiencia ha demostrado que les resulta muy fácil a cinco escuadrones despegarse con el objetivo de bombardear un blanco en particular, pero sólo uno de los cinco podrá alcanzar el objetivo; los cuatro restantes, no obstante su firme convicción de que también habrán dado en el blanco, bombardean cuatro aldeas



La playa "Omaha", el 6 de junio de 1944.

*distintas que se parecen muy poco —en el mejor de los casos— a la que debían atacar.*⁹

Tales lecciones se borraron de la memoria institucional de la Real Fuerza Aérea.

El resultado de la falta de voluntad de aprender las lecciones del pasado fue que los británicos se lanzaron a la guerra con una creencia casi religiosa en la supervivencia de los bombarderos y en que el descubrimiento y destrucción de blancos no les presentarían problemas difíciles de resolver, si es que experimentaran alguna dificultad en dichas funciones. Esta propensión a trivializar el pasado se convirtió en una desgana de aprender del presente. Muchas fueron las advertencias, derivadas de diferentes ejercicios, que indicaron que la Real Fuerza Aérea habría de experimentar dificultades en identificar y alcanzar objetivos durante la noche y en malas condiciones meteorológicas, si es que pudiera lograr verlos. Es más, la confianza en que los bombarderos siempre podrían alcanzar el objetivo incitó a los oficiales superiores británicos a cuestionar la factibilidad tecnológica de desarrollar aviones caza capaces de realizar misiones de escolta a larga distancia. Plantearon este argumento a principios de la II Guerra Mundial, sin evidencias tecnológicas ni científicas que respaldaran su opinión. Producto de lo anterior se desarrolló un proceso a través del cual su visión del futuro, formada

sin referencias a las lecciones del pasado, les hizo minimizar las posibilidades tecnológicas porque éstas no cuadraban con su noción preconcebida del futuro.

Los aviadores estadounidenses no se mostraron mucho más precavidos. Por lo menos Billy Mitchell, no obstante la brusquedad de sus argumentos, reconoció la lección fundamental de la guerra aérea en la I Guerra Mundial: era imprescindible obtener la superioridad aérea antes que fuera posible utilizar la potencia aérea con eficacia. Sin embargo, a principios de la década de los años treinta, los aviadores en la Escuela Táctica del Cuerpo Aéreo ya habían descartado tal realismo, optando más bien por la fantasía ofrecida por los argumentos de que el empleo de grandes formaciones de bombarderos capaces de defenderse a sí mismos permitiría penetrar hacia la profundidad de una nación enemiga, sin la protección de cazas de escolta y sin sufrir bajas inaceptables. La tendencia a hacerle caso omiso al pasado y al presente —es decir, la ausencia de una aproximación a la preparación de las fuerzas militares basada en evidencias reales— se manifestó en ambas fuerzas durante el transcurso de la guerra. Y las dos continuaron realizando misiones acorde con sus respectivos marcos operacionales y tácticos hasta ya bien entrado el año 1943, a pesar de las evidencias inequívocas de los fallos en sus presunciones y, por ende, en sus resultados. Al

fin y al cabo, la ofensiva de los bombarderos combinados desempeñó un papel vital en la II Guerra Mundial, y deberíamos considerar sus logros cuando se señala que el bombardeo estratégico fue una revolución en asuntos militares. Empero el costo en aeronaves y tripulaciones indica que se pagó un precio inaceptable por estos logros, debido principalmente a que demasiados aviadores estaban dispuestos a aceptar presunciones que, cuando se analizaban a la luz de las evidencias del pasado y del presente, se basaban en falacias substanciosas.

El objetivo del presente no es menospreciar a los aviadores del período entre las guerras mundiales. En efecto, todo este siglo está repleto de ejemplos de organizaciones militares que prefirieron imponer sus propios modelos de guerra a las condiciones que enfrentaban, en lugar de sacar las lecciones útiles del pasado. En cierta medida, todas nuestras organizaciones indudablemente se equivocarán en sus apreciaciones respecto a la próxima guerra; lo que es imperdonable es la persistencia de muchas organizaciones militares en seguir el camino errado a pesar de las evidencias en su contra. Los dos casos más obvios son el Ejército británico durante la I Guerra Mundial y las Fuerzas Armadas estadounidenses en Vietnam.

¿Cómo deberíamos adaptarnos ante la próxima revolución en asuntos militares? Primero, cabe señalar que ninguna revolución ha aparecido repentinamente en el futuro sin ningún vínculo con los conceptos y las capacidades militares del pasado, especialmente el pasado más reciente. No deberíamos dejarnos persuadir que un salto hacia el futuro implique más que especulación a tientas. Aquellas organizaciones militares que han logrado crear revoluciones en asuntos militares exitosas, han vinculado el desarrollo de tales revoluciones con un entendimiento realista del pasado. Su atención a las lecciones anteriormente aprendidas comúnmente se ha traducido en un análisis, basado en las evidencias disponibles, de los ejercicios y las capacidades actualmente en existencia tanto durante tiempos de paz como en la guerra. Lo anterior no significa que las

organizaciones que han dejado de adoptar tal enfoque hayan fracasado en adaptarse a las condiciones impuestas por una nueva revolución en asuntos militares. El Ejército británico durante la I Guerra Mundial y el bombardeo combinado parecen indicar que, después de agotar sangre y dinero, incluso las organizaciones militares más obstinadas finalmente son capaces de aprender, pero ése es un camino que no nos conviene seguir.

Segundo, no debemos creer que los nuevos conceptos y nuevas capacidades cambiarán la naturaleza fundamental de la guerra. La fricción, junto con la neblina, la ambigüedad, el azar, y la incertidumbre, son todos elementos que predominarán en los campos de batalla del futuro, al igual que lo han hecho en el pasado. La historia claramente hace hincapié en esta lección, y para quienes estén dispuestos a desacreditar la historia cabe acotar que diversas ciencias—inclusive la biología evolutiva, la física cuántica y la mayor parte de las investigaciones matemáticas de la actualidad— recalcan que Clausewitz atinó en su entendimiento básico del cómo funciona el mundo. La fricción no va a desaparecer en el próximo siglo; es una parte de la vida.

Finalmente, aunque la tecnología es importante, no es más que una herramienta más. Si logramos vincularla con un claro entendimiento tanto del pasado como del presente, tal vez podamos llevar nuestras capacidades actuales hacia el futuro en forma inteligente y, de esta manera, nos encontraremos en la vanguardia de la próxima revolución en asuntos militares. Por otra parte, si dejamos de estudiar la historia, lanzándonos hacia un futuro incierto a saltos hechos al azar, es posible que tengamos que sufrir las mismas consecuencias como aquéllas que enfrentaron los aviadores durante la II Guerra Mundial. En 1942 los Estados Unidos contaron con recursos casi ilimitados, y la voluntad de “pagar casi cualquier precio y llevar casi cualquier yugo”. Estas ventajas tal vez no se presenten en el futuro. **MR**

NOTAS

1. El autor agradece la participación de Cliff Rogers, Geoffrey Parker, John Lynn, Macgregor Knox, Dennis Schowalter, Holger Herwig, Jonathan Bailey y Allen R. Millett, en la conferencia sobre la Revolución en Asuntos Militares, celebrada en Quantico, Virginia, en el mes de abril de 1996.

2. Ver, entre otros, el prólogo por William A. Owens de la obra, *Dominant Battlespace Knowledge: The Winning Edge*, editado por Stuart E. Johnson y Martin C. Libicki (Washington: National Defense University Press, 1995), págs. 3-7.

3. Para la evolución de la doctrina de blindados del Ejército alemán, ver Williamson Murray, “Innovation in Armored War”, en *Military Innovation in the Interwar Period*, editado por Williamson Murray y Allan R. Millett (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

4. El siguiente argumento se debe, en gran medida, a los planteamientos de los historiadores reunidos en Quantico en abril de 1996, especialmente a Clifford Rogers y Holger Herwig.

5. Carl von Clausewitz, *On War*, editado y traducido por Michael Howard y Peter Paret (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1976), págs. 592.

6. Michael Howard, “The Use and Abuse of Military History”, *Journal of the Royal United Service Institution*, tomo 107, número 625 (febrero de 1962), págs. 4-10.

7. James S. Corum, *The Roots of Blitzkrieg: Hans von Seeckt and German Military Reform* (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 1992), pág. 37.

8. Erich von Ludendorff, *Ludendorff's Own Story: August 1914-November 1918*, tomo 1 (Nueva York: Harper and Brothers, 1919), pág. 24.

9. Citado por el Capitán de Grupo R.A. Mason en “The British Dimension”, *Airpower and Warfare*, editado por Alfred Hurley y Robert C. Erhard (Washington: Imprenta del Gobierno de EE.UU., 1979), pág. 32.

Williamson Murray actualmente ocupa la Cátedra Charles A. Lindbergh como profesor visitante de la historia aeroespacial en el Museo Nacional del Aire y del Espacio, en la Institución Smithsonian. Se encuentra en situación de retiro de su posición como profesor en la Universidad Estatal de Ohio.